

302802

**EL ENCUENTRO DEL
EVANGELIO Y LAS CULTURAS
DE LA AMERICA PREHISPANICA**

Pbro. Néstor Giraldo Ramírez

Reviste gran interés y es de fundamental importancia todo lo referente a la cultura, interés que crece cuando se trata de estudiar la relación entre Evangelio y Cultura y el sentido y alcance de la labor misionera del cristianismo. Enfáticamente lo afirmó el Papa Juan Pablo II en su intervención ante la Unesco el 2 de junio de 1960, cuando dijo: "El hombre vive una vida verdaderamente humana gracias a la cultura. La vida humana es cultura. El hombre no puede prescindir de la cultura. El hombre es el hecho primordial y fundamental de la cultura. El nexo fundamental del Evangelio, o sea del mensaje de Cristo y de la Iglesia, con el hombre en su humanidad misma, es creador de cultura en su fundamento mismo"

Es la cultura una de las formas, si no la más importante, ciertamente una de las más de tener en cuenta en el seguimiento del hombre a través de la historia. Es la huella que cada generación va dejando y entrega como legado a los que más tarde vendrán. A ellos corresponde recibir el patrimonio, hacer de él un análisis serio y tomarlo como punto de partida para su avance hacia el futuro

Es tal la importancia que la Iglesia reconoce a la cultura, que el Concilio Vaticano II le dedica un capítulo de la "Segunda Parte" de la Constitución "Gaudium et Spes" sobre la Iglesia en el mundo moderno. Se refiere esta sección del documento conciliar a "algunos problemas más urgentes" y afirma: "Entre los numerosos problemas que preocupan hoy a todos conviene recordar los siguientes: el matrimonio y la familia, la cultura humana, la vida económico-social y política, la solidaridad dentro de la familia de las naciones y la paz" (G.S n. 46) Todo el capítulo segundo está dedicado al

tema de la cultura y su progreso. porque, dice el Concilio: "El hombre no llega a su nivel verdadero y plenamente humano sino por la cultura, es decir, cultivando los bienes y valores naturales. Siempre, pues, que se trata de la vida humana, naturaleza y cultura se hallan ligadas estrechísimamente" (G.S. n. 53).

¿QUE ES LA CULTURA?

No es éste el lugar para detenerse en las complejas disquisiciones sobre civilización y cultura que de un tiempo acá han sido objeto de amplia discusión, y los diferentes conceptos de cultura según las diversas corrientes filosóficas. Tomo el concepto de cultura que adopta el Concilio, que, como es obvio, asume también la Conferencia de Puebla. "Con la expresión 'cultura' en general, dice el Concilio, se indica en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo, hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo formula, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano" (G.S. n. 53).

Acorde con esta línea de pensamiento conciliar la Conferencia de Puebla dice: "Lo esencial de la cultura está constituido por la actitud con que un pueblo afirma o niega una vinculación religiosa con Dios, por los valores o desvalores religiosos. Estos tienen que ver con el sentido último de la existencia y radican en aquella zona más profunda, donde el hombre encuentra respuesta a las preguntas básicas y definitivas que lo acosan, sea que se las proporcionen con una orientación positivamente religiosa o, por el contrario, atea. De aquí que la religión o la irreligión sean inspiradores de todos los restantes órdenes de la cultura -familiar, económico, político, artístico, etc.- en cuanto los libera hacia lo trascendente o los encierra en su propio sentido immanente" (Puebla n. 389). Y no es menos importante lo que afirma en el n. 392: "La cultura se va formando y se transforma en base a la continua experiencia histórica y vital de los pueblos, se transmite a través del proceso de tradición generacional. El hombre, pues, nace y se desarrolla en el seno de una determinada sociedad, condicionado y enriquecido por una cultura particular; la recibe, la modifica creativamente y la sigue transmi-

tiendo "La cultura es una realidad histórica social". Como vemos, ya la Conferencia de Puebla plantea el tema de "cultura y religión"

CULTURA Y RELIGION

En su reciente encíclica "Centesimus annus" dice el Papa Juan Pablo II: "El punto central de toda cultura lo ocupa la actitud que el hombre asume ante el misterio más grande, el misterio de Dios. Las culturas de las diversas naciones son, en el fondo, otras tantas maneras diversas de plantear la pregunta acerca del sentido de la existencia personal. Cuando esta pregunta es eliminada, se corrompen la cultura y la vida moral de las Naciones" (Cent. An. 34).

Muchos temas se agitaron durante el Concilio cuando se discutía en su seno el llamado "Esquema XIII", del que nació la Constitución "Gaudium et Spes". Un sociólogo católico anotaba entonces cómo el ateísmo era una planta desconocida en todos los procesos culturales de los más antiguos pueblos. Estaba reservada a corrientes del pensamiento moderno, especialmente después de la "Ilustración", la negación de la existencia de Dios. Ya San Pablo en su intervención en el areópago de Atenas hace notar cómo el hombre lleva siempre en su interior la inquietud por Dios; "El fijó las estaciones y los confines de las tierras para que les busquen y siquiera a tientas lo hallen" (cf. Hechos, 17.26s). Basta dar una mirada a lo que la investigación arqueológica nos dice, por ejemplo, sobre el antiguo Egipto y sobre los Sumerios, para darnos cuenta de cómo, prescindiendo del factor religioso y de la idea de Dios, ese mundo se hace incomprensible. Las hierogamias y las teogonías que nos ofrece su literatura, presentes también en la literatura griega y romana, son una clara manifestación del sentido religioso de esos pueblos. Si prescindimos de los dioses, las grandes obras de la literatura de Grecia y de Roma y la más antigua de la India, quedan sin sentido. "La religión está en la cuna de las culturas y acompaña su devenir histórico, en el curso de los milenios. Necesaria para la constitución de una verdadera cultura, su ausencia hace imposible el pleno desarrollo", dice el Cardenal Paul Poupard (Cf. Chiesa e Cultura. - Ed. Vita e Pensiero, Milán, 1985, pg. 135)

Esto vale también para las culturas precolombinas de nuestra América: no encontramos en ellas rasgos de ateísmo, sino aquella búsqueda de Dios. La necesidad de un Ser Supremo aparece formalmente en todas estas culturas.

El mundo con que entraron en contacto los evangelizadores de América tenía ya tradiciones culturales diversas y milenarias. La antropología y la arqueología nos ofrecen un vasto panorama que se remonta a épocas ciertamente remotas, que pueden contarse en milenios, como se ha comprobado por el carbono 14.

La inquietud sobre otras tierras no conocidas que algún día llegarían a ser conocidas del mundo de la cultura occidental greco-romana es clara. Como anota Manuel Ballesteros y Gaibrois: "No puede sorprendernos que llegara hasta las obras literarias destinadas a ser conocidas por un amplio público: las piezas de teatro. Conocida es la llamada profecía de Lucio Anneo Séneca (4 antes de J.C.-65 de J.C.), que en su *Medea* predecía que no sería Thulé (Islandia) la última de las tierras. Era la aplicación de lo que ya se preguntaba en el capítulo XVI de la *Naturalium quaestionum* al decir: "Cuánto es lo que separa las costas de Hispania de la India" (Cf. *Cultura y Religión en la América Prehispánica*. BAC Madrid, 1985, pg. 13). El trozo de *Medea* a que alude dice así:

"Venient annis saecula seris
quibus oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus,
Tethisque novos detegat orbis,
nec sit terris ultima Thule"

Que un autor del siglo XVIII tradujo así:

Vendrán al fin, con perezoso paso,
los siglos apartados, en que el hombre
venza del mar océano las ondas
y encuentre al cabo dilatadas tierras,
descubrirán otros Thipis nuevos mundos
y no será más Tule el fin del orbe (o.c. 34).

Como es apenas lógico, el mapa de las culturas americanas ofrece valiosos matices y diferentes grados de evolución y madurez. Es un mundo que ha sido objeto de teorías e hipótesis y que ha ido entregando sus secretos en la medida en que las investigaciones serias van abriendo caminos y despejando incógnitas. Ballesteros Gaibrois habla del concepto dominante en el siglo XV y que, sin duda, se plantea como un interrogante y un desafío para los misioneros que iban a enfrentarse con la aventura de la evangelización de

mundos desconocidos. "Este es el largo recorrido del esfuerzo intelectual humano desde el siglo V a. de J.C hasta el XV de nuestra era. Veinte siglos -2000 años- de esfuerzos mentales e intelectuales que producen dos ideas básicas que no debemos dejar de tener en cuenta para nuestro propósito de describir el clima existente en el momento en que se iban a conocer las culturas indígenas prehispánicas de América. Estas dos ideas son: 1a. que había tierras incógnitas y que en ellas había habitantes; 2a. que estos habitantes podían ser monstruos, con costumbres extrañas y hasta abominables. Es decir, una conclusión prometidora y científicamente segura, y otra engañosa, que, sin embargo, sería la causante de muchas de las equivocaciones que sobre los indios americanos se irían acuñando tan pronto como se tuvo contacto con ellos" (o.c. 16s).

ALGUNOS ASPECTOS DE LA RELIGIOSIDAD, DE LA AMERICA PREHISPANICA

Una ligera ojeada al perfil religioso del Nuevo Mundo en los tiempos que precedieron el encuentro de dos mundos podemos describirlo brevemente así. Múltiples son las expresiones de religiosidad de estas culturas que justifican las afirmaciones que hemos encontrado en la Conferencia de Puebla. Hagamos un breve recuento de lo que fueron, en este sentido, estas tres áreas:

a. El área maya y azteca con su zona de influencia en Mesoamérica

De especial riqueza e interés es la religiosidad profunda del mundo azteca, que llegó hasta tener su propia organización sacerdotal con una compleja jerarquía presidida por dos sumos sacerdotes, uno de los cuales representaba al dios de la ciudad y el otro a Tlaloc el dios de la lluvias venerados ambos en el templo mayor de Tenochitlán. A éstos seguían otras categorías inferiores hasta llegar a un primer grado de escalafón constituido por jóvenes novicios que, al cabo de cinco años, iniciaban el ascenso progresivo hacia grados superiores. Era complejo el ceremonial de los sacrificios. Tenían claras creencias sobre la vida del más allá y sobre la diferente suerte de los difuntos.

Desde el punto de vista de las creencias es de especial interés el mundo maya, principalmente por el sentido y solidez de la organización familiar, la visión del mundo. Es un complejo conjunto doctrinal en el que se ve la íntima unión

que había entre los factores estrictamente religiosos y la vida familiar, social y civil. Es un tema que bien vale la pena estudiar con detención para ver su riqueza, sus orígenes y su relación con otras culturas.

b. Area caribeña y andina del Norte

Aspectos diferentes, pero muy de tener en cuenta, ofrece el ambiente del Caribe y el Mundo Andino del Norte, en el que se incluye Colombia. Eran otras las divinidades y las tradiciones, sin la organización jerárquica sacerdotal azteca, pero con una organización civil muy clara e íntimamente ligada al elemento religioso. La divinidad solar fue importante, como lo muestra el templo al sol que los conquistadores encontraron en Sogamoso y que hoy se ha reconstruido tratando de seguir los delineamientos originales.

c. Area incaica y su influencia andina

Reviste especial importancia la zona andina en la que tuvo asiento la cultura incaica, que ejerció gran influencia. Es otro mundo diferente del maya y del azteca, pero de gran riqueza en su organización civil y su específico sentido religioso. Es complejo este aspecto y no hay pleno acuerdo en la interpretación de las fuentes. En general podemos decir que predominaba el animismo y era el culto solar la religión dominante.

Lo anterior nos pone de presente el desafío con que hubieron de enfrentarse los misioneros que con gran celo y ejemplar espíritu apostólico emprendieron la tarea evangelizadora. Pudieron presentarse, a veces, como acontece en todo proceder humano, actuaciones inadecuadas que, sin embargo, no alcanzan a oscurecer la hermosa labor civilizadora y cultural de los misioneros. Ahí está la realidad católica del mundo hispanoamericano y lusitanoamericano como un testimonio de esta ingente labor. Hay, sin duda, matices propios de lo hispano y de lo lusitano, pero queda siempre el fondo de un esfuerzo evangelizador. En la medida en que tratamos de profundizar en esta labor apostólica de las beneméritas órdenes religiosas, pioneras de la evangelización, hallamos reflejada la realidad misionera de que nos habla el Concilio Vaticano II: "Entre el mensaje de salvación y la cultura humana se descubren muchas conexiones. Dios, revelándose a su pueblo hasta el momento de su plena manifestación en su Hijo encarnado, ha hablado según la cultura propia de aquellas edades. Del mismo modo, la Iglesia, que ha vivido en variedad de condiciones en el correr de los tiempos, ha sabido emplear los hallazgos de las diversas culturas para difundir y explicar el

mensaje de Cristo en su predicación a todos los pueblos, para investigarlo y entenderlo profundamente para expresarlo mejor en la celebración litúrgica y en la vida de la multiforme comunidad de los fieles. Pero, al mismo tiempo, la Iglesia, enviada a todos los pueblos de cualquier tiempo y región, no se siente ligada exclusiva o indisolublemente a ninguna raza o nación, a ningún género particular de costumbres, a ningún modo de ser, antiguo o moderno. Fiel siempre a su propia tradición, y consciente, al mismo tiempo, de su misión universal puede entrar en comunión con las diversas civilizaciones; de ahí el enriquecimiento que resulta, así para ella como para cada cultura" (G.S. n. 58).

EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA E INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO

El espíritu que guía la acción evangelizadora de la Iglesia lo sintetiza muy bien la Conferencia de Puebla: "En el centro de esta totalidad (se refiere a las múltiples manifestaciones culturales y a la 'pluralidad de culturas'), la evangelización busca alcanzar la raíz de la cultura, la zona de sus valores fundamentales, suscitando una conversión que pueda ser base y garantía de la transformación de las estructuras y del ambiente social" (n. 388).

Aquí se hace necesaria una clara distinción entre "evangelización de la cultura" e "inculturación del Evangelio", dos conceptos que han de tenerse en cuenta cuando se trata de estudiar los procedimientos de la acción misionera. Es de gran importancia lo que al respecto nos dice Juan Pablo II en su reciente encíclica "Redemptoris missio". Con el título: "encarnar el Evangelio en las culturas de los pueblos", escribe: "Al desarrollar su actividad misionera entre las gentes, la Iglesia encuentra diversas culturas y se ve comprometida en el proceso de inculturación. Es ésta una exigencia que ha marcado todo su camino histórico, pero hoy es particularmente aguda y urgente". Pero advierte a la vez el Papa algo que debemos tener muy presente al examinar el proceso evangelizador del Nuevo Mundo: "El proceso de inserción de la Iglesia en las culturas de los pueblos requiere largo tiempo: no se trata de una mera adaptación externa, ya que la inculturación significa una íntima transformación de los auténticos valores culturales mediante su integración en el cristianismo y la radicación del cristianismo en las diversas culturas. Es, pues, un proceso profundo y global que abarca tanto el mensaje cristiano, como la reflexión y la praxis de la Iglesia. Pero es también un

proceso difícil, porque no debe comprometer en ningún modo las características y la integridad de la fe cristiana" (R. missio, 52). Esta luminosa enseñanza del Papa nos orienta en la forma como hemos de mirar la obra de los valerosos evangelizadores en América: su actuación, guiada sin duda por el Espíritu Santo que es el que internamente promueve el desarrollo de la vida de la Iglesia, realizó en forma admirable esto que el magisterio de Juan Pablo II hoy formula. Y advierte el Papa que "la primera forma de evangelización es el testimonio". Frente a los abusos y tropelías cometidas por algunos conquistadores, brilla el ejemplo de vida y la abnegación de hombres que impactaban con su ejemplar entrega, no en busca de dinero, sino de realizar una auténtica evangelización. Baste recordar algunos nombres como Toribio de Mogrovejo, Pedro Claver, Luis Beltrán, Hernando Arias de Ugarte. Su acción evangelizadora produjo ya desde esos tiempos frutos como Rosa de Lima, Martín de Porres, Mariana de Jesús Paredes, el indio Juan Luis en Guadalupe y tantos otros que sólo Dios conoce. Es lo que nos dice el Papa: "La primera forma de testimonio es la vida del misionero, la de la familia cristiana y de la comunidad eclesial, que hace visible un nuevo modo de comportarse. El misionero, que aun con todos los límites y defectos humanos, vive con sencillez según el modelo de Cristo, es un signo de Dios y de las realidades trascendentales" (R. missio, 42). Me recuerda esto la frase que en diciembre de 1959 escuché de labios del Cardenal Cordeiro en Carachi: describiéndonos a un grupo de profesores y estudiantes universitarios que, en viaje hacia el congreso en Manila, nos detuvimos un día en Pakistán, sus métodos de evangelización, nos dijo que había tomado la decisión de no invitar más misioneros europeos o de otros países de Occidente. Al preguntarle el por qué nos manifestó: "predican un evangelio de estilo europeo, ajeno a la cultura oriental de mis gentes, y ellas dicen que sacrificar su cultura para hacerse cristianos es un precio demasiado alto que no quieren pagar". En cambio, nos agregó que la manera de convivir con los grupos pobres y marginados las comunidades de Hermanitos y Hermanitas de Jesús del P. Foucauld estaban produciendo un saludable impacto en la población pakistaní. Que estaba tratando de conseguir familias europeas y americanas que simplemente quisieran ir a vivir en Carachi llevando una vida según el evangelio.

Tratando de ahondar un poco en este tema de la evangelización de las culturas y la inculturación del Evangelio, hemos de tener presente que no todas las culturas tienen una clara visión del hombre y de su relación con los demás seres y con la creación. Nos bastaría aludir al execrable proceso del

"apartheid", profundamente antihumano y anticristiano, que afortunadamente parece que empieza a superarse definitivamente. Fue fenómeno que no se presentó en nuestra América hispana. Ahí está el mestizaje como testimonio histórico, frente a lo que sucedió en la colonización de Norteamérica, donde las razas aborígenes desaparecieron casi totalmente, como a menudo se ha hecho notar.

Hay culturas, especialmente de la antigüedad, en las que los sacrificios humanos eran una práctica normal. Tanto en el Antiguo Oriente, como en algunas culturas del Nuevo Mundo prehispánico se ha hallado, por ejemplo, que los pilares de una construcción están plantados sobre el cadáver de un niño. Por otra parte, sabemos cómo las antiguas religiones cananeas tenían la práctica de la prostitución sagrada con cubículos para las "hierodulas" y los "hierodulos" al lado de los templos. Tales procedimientos riñen, no sólo con la moral cristiana, sino con una ética fundamentada en un recto sentido del hombre. Es aquí donde opera la "evangelización de la cultura" iluminando procedimientos, concepciones y ritos con los principios cristianos y con el concepto del hombre, su dignidad y su destino sobrenatural; dar un conocimiento de Dios que rectifique las concepciones equivocadas. Todo, en fin, lo que implica el anuncio del "kerigma" cristiano, seguido de una catequesis que presente en su totalidad el mensaje de salvación que es el Evangelio. En esta forma se opera una purificación en el pensamiento y en el obrar para responder a los designios de Dios en su revelación. Le oí decir al gran pastoralista francés Canónigo Boulard, después de una visita al altiplano del Perú, especialmente al Cuzco, cómo encontraba admirable el proceso evangelizador de los primeros misioneros que habían dejado huella profunda que aún perdura en aquellas comunidades.

Este compromiso de evangelización es misión de la Iglesia y su cumplimiento es el que ha realizado la transformación del mundo. Tanto la cultura greco-romana del mundo occidental, como las culturas del Oriente, han sufrido un vuelco que, en lugar de rebajarlas, las purificó de los elementos que nacían de una inexacta idea de Dios y de sus designios sobre el hombre. Fue así como a la luz de esta visión del hombre y del sentido de su función en el mundo fue surgiendo un nuevo modelo de cultura. Piénsese, por ejemplo, en el largo proceso para la eliminación de la esclavitud.

Al llegar los misioneros españoles a América, su labor fue la de plantar la Iglesia, lo que implicaba rectificar conductas y alimentar mentes con la

verdad revelada y reemplazar los ídolos y las falsas ideas de Dios. La prudencia y el celo de aquellos celosos evangelizadores debió ungeniarse para cumplir su misión, especialmente difícil en la primera etapa dominada por el ambiente y espíritu de conquista. Debían alternar su labor evangelizadora con la defensa de los aborígenes, no pocas veces. No podemos olvidar el valioso aporte de los teólogos españoles que, con el Padre Vitoria y otros no menos ilustres, marcaron pautas e influyeron en algunos aspectos singularmente valiosos de la antigua legislación de Indias. Ya organizadas las cosas de gobierno en la época de la colonia, la labor fue menos difícil y gozó de plena protección gubernamental. Un documento que se conserva en el archivo histórico de Popayán dice textualmente:

"La religión y la política son los dos puntos a que se debe mirar para el establecimiento de los indios en sociedad. El primero y más importante objeto de la reducción ha sido en todos tiempos su educación cristiana sobre que se han tomado las más ajustadas providencias; el desempeño en gran parte toca a los Curas y Doctrineros de quienes debe esperarse si al conocimiento de las leyes, juntan el celo que exige su ministerio". Es esto ya un indicio de cómo iba surgiendo una nueva forma de cultura inspirada en el ideario cristiano.

Es especialmente interesante el texto de algunos artículos de esas leyes y ordenanzas que así rezan:

"Primera. Por primer capítulo de esta Instrucción y Ordenanza, se encarga estrechamente la obligación de instruir a los indios en la religión y doctrina de la Iglesia, pero como las sublimes ideas que inspira ésta no pueden expresarse con la pureza y perfección que no recibe el lenguaje bárbaro y menos espiritual, es muy conveniente y casi necesario que se enseñe a los indios el catecismo en la lengua castellana, según la intención de las leyes cuyo cumplimiento se ha hecho ya demasiado fácil".

"Segunda. Para remover todo impedimento en la ejecución de la importante ordenanza que precede se abrirá en todos los pueblos una escuela de primeras letras en que se darán todos los días lecciones de Doctrina Cristiana a que asistirán forzosamente todos los niños que no hayan llegado a la edad de doce años, concurriendo en horas cómodas los que se dediquen a aprender las primeras letras, a cuyo ejercicio serán atraídos con preferencia de los caciques y principales de los pueblos".

"Tercera. Los indios que asisten a las estancias en los tiempos de la siembra y recolección de frutos concurrirán en los días festivos a la Parroquia inmediata a oír misa y rezar la doctrina, que para los que residen en el pueblo deberá explicárseles todos los sábados por la mañana de modo que no falten al trabajo del día. Si las haciendas a que concurren los indios distan más de dos leguas de la Parroquia, será entonces a cargo de los dueños de ellas cuidar por el tiempo que durase la labranza, que oigan misa y recen el catecismo los días de fiesta de cuyo cumplimiento informarán los tenientes y corregidores para el remedio en caso de omisión y privar por ello a los hacendados del servicio de los indios".

"Cuarta. Nada es más necesario para los fines y objetivos de religión con los indios que el que éstos se acostumbren a mirar en sus Curas unos pastores a quienes amen y de quienes confíen; pero esto no podrá conseguirse si por sus manos o por su orden se ven castigados tal vez en el vestíbulo o en el interior de la Iglesia, cosa que no permiten ni el ministerio parroquial, ni lo derechos de la Real Jurisdicción, a cuyas funciones corresponde inmediatamente esta especie de correcciones cuyo uso debe quedar expedito a los jueces temporales, ciñéndose los padres curas al de su oficio pastoral".

Es de gran interés este documento que transcribe en su integridad José María Arbole Llorente en su libro "El Indio en la Colonia" -Bogotá, Prensans del Ministerio de Educación, MCMLVIII, pgs. 156-197. Me he permitido citar estos trozos porque nos dan a conocer los procedimientos, ya cuidadosamente reglamentados, que eran corrientes ya en el año de 1793, fecha de la "Instrucción para el mejor gobierno de los pueblos indios".

LA LABOR DE "INCULTURACION EN LA EVANGELIZACION DE AMERICA"

Las líneas anteriores se refieren principalmente a la labor que podemos llamar evangelización de la cultura, o sea, de purificación de ideas, de rectificación de erróneas concepciones de Dios e inculcación de los dogmas fundamentales cristianos. Un hermoso testimonio de esta labor de catequesis nos ha quedado en la valiosa imaginería de la Iglesia de San Francisco en Bogotá. Otro acento es el de "inculturación" tarea en la que insiste el Papa Juan Pablo II y sobre la cual encontramos preciosas ideas en el "Documento de Consulta" que el Consejo Episcopal Latinoamericano acaba de dar a la

luz como preparación para la IV Conferencia que se llevará a cabo en Santo Domingo.

Para una clara noción tomemos las palabras del Papa Juan Pablo II en la Exhortación Apostólica "Catechesi tradendae": "Abordo ahora, dice el Papa, una segunda cuestión. Como decía recientemente a los miembros de la Comisión Bíblica, 'el término **aculturación** o **inculturación**, además de ser un hermoso neologismo, expresa muy bien uno de los componentes del gran misterio de la Encarnación'. De la catequesis como de la evangelización en general, podemos decir que está llamada a llevar la fuerza del evangelio al corazón de la cultura y de las culturas. Para ello, la catequesis procurará conocer estas culturas y sus componentes esenciales, aprenderá sus expresiones más significativas, respetará sus valores y riquezas propias. Sólo así se podrá proponer a tales culturas el conocimiento del misterio oculto y ayudarles a hacer surgir de su propia tradición viva expresiones originales de vida, de celebración y de pensamiento cristianos. Se recordará a menudo dos cosas:

Por una parte, el Mensaje evangélico no se puede pura y simplemente aislarlo de la cultura en lo que está inserto desde el principio (el mundo bíblico y, más concretamente, el medio cultural en el que vivió Jesús de Nazaret); ni tampoco, sin graves pérdidas, podrá ser aislado de las culturas en las que ya se ha expresado a lo largo de los siglos; dicho mensaje no surge de manera espontánea de ningún 'humus' cultural; se transmite siempre a través de un diálogo apostólico que está inevitablemente insertado en un cierto diálogo de culturas;

por otra parte, la fuerza del Evangelio es en todas partes transformadora y regeneradora. Cuando penetra una cultura ¿quién puede sorprenderse de que cambien en ella no pocos elementos? No habría catequesis si fuese el Evangelio el que hubiera de cambiar en contacto con las culturas. En ese caso ocurriría sencillamente lo que San Pablo llama con una expresión muy fuerte 'reducir a nada la cruz de Cristo'.

Otra cosa sería tomar como punto de arranque, con prudencia y discernimiento, elementos -religiosos o de otra índole- que forman parte del patrimonio cultural de un grupo humano para ayudar a las personas a entender mejor la integridad del misterio cristiano. Los catequistas auténticos saben que la catequesis 'se encarna' en las diferentes culturas y ambientes; baste pensar en la diversidad tan grande de los pueblos, en los jóvenes

de nuestro tiempo, en las circunstancias variadísimas en que hoy día se encuentran las gentes; pero no aceptan que la catequesis se empobrezca por abdicación o reducción de su mensaje, por adaptaciones, aun de lenguaje, que comprometen el 'buen depósito' de la fe, o por concesiones en materia de fe o de moral, están convencidos de que la verdadera catequesis acaba por enriquecer a esas culturas, ayudándolas a superar los puntos deficientes o incluso inhumanos que hay en ellas y comunicando a sus valores legítimos la plenitud de Cristo" (Catechesi tradendae, n. 53).

Todo lo anterior nos sirve para enfocar debidamente la labor misionera de nuestro mundo latinoamericano y el proceso de las diversas formas de cultura que han venido forjándose desde la llegada de los primeros evangelizadores. Herederos de esta rica tradición en el esfuerzo de "inculturación", quisiera hacer mención para nuestro caso colombiano de cuatro evangelizadores, que entre otros han llevado a cabo una hermosa labor: la Madre Laura Montoya, cuyo esfuerzo por expresar el mensaje cristiano en la lengua y mentalidad de los indios katíos le valió, en su tiempo, contratiempos que supo superar ejemplarmente; el trabajo del P. Marcelino de Castelví que en su célebre centro de Cileac penetró con talento en las culturas de la Amazonia colombiana y del Putumayo y salvó no pocas lenguas indígenas de su desaparición con el valioso concurso del Dr. Manuel José Casas Manrique; la hermosa labor evangelizadora de Mons. Reginaldo Fischione, que se dedicó a aprender la lengua de los aruacos, a penetrar en su cultura y a expresar el evangelio en su lengua y en su cultura; la labor del P. Rocheraux en la región de los tunebos, el estudio de su cultura y de su lengua. Cito estos casos como ejemplos de lo que han hecho en nuestro tiempo los misioneros, respetando las culturas indígenas e infundiendo en ellas el espíritu del Evangelio.

Quiero terminar con lo que nos dice el CELAM en el Documento de Consulta a que antes he aludido: "En el caso de América Latina, la primera evangelización fundante inició ese proceso, que fue continuando -con sus luces y sombras- a través de nuestra propia historia de evangelización, pecado y salvación. Pero el desafío de la inculturación, esencial a la misión de la Iglesia, continúa y ahora se replantea nuevamente gracias a la Nueva Evangelización que, por serlo, exige una renovada inculturación del Evangelio en la cultura y las culturas de nuestra América. Acometemos esa tarea misionera alentados por el Santo Padre y confiados en el Espíritu Santo que guía a la Iglesia (n. 153).